



Algar

COLECCIÓN
CALZETÍN

El niño que confundió a su prima con una manzana

Carlos
Puerto

Dibujos de
Pablo
Núñez





1

De cómo Archi se quedó más patitioso que una mosca en una tela de araña

Cuando Archibaldo de la Cruz tenía diez años, le pasaron varias cosas a la vez.

En primer lugar, le habían mandado reposo porque acababa de salir de una enfermedad muy mala y necesitaba aire puro y mucho sol. Lo cual, para un niño inquieto como él, era como si se le hubiera venido encima la maldición de la momia, el alud de la muerte y posterior caída al pozo de las serpientes, todo junto.

Segundo, las patillas de sus gafas nuevas se le clavaban en las orejas como si hubieran sido diseñadas por Fu-Man-Chú. ¿Por qué todas las gafas nuevas tenían que ser tan fastidiosas y pesadas como las clases de gimnasia después de comer? ¿Es que los ópticos no tenían bastante con meter

a un niño en una habitación con extrañas letras pintadas en cristal que más que letras parecían signos de un lenguaje secreto? ¿No les bastaba con colocar la cabeza de sus víctimas en un aparato que parecía capaz de extraerles los secretos a través de los ojos? Pues no, encima fabricaban unas monturas que eran como inventadas por la retorcida mente del malvado chino de las películas, capaz de las más crueles de las torturas: palillos de bambú entre las uñas, gotas de agua helada sobre la frente, plomo derretido en las orejas... ¡y gafas nuevas!

Y encima, lo peor de todo, o quizás lo mejor de todo: se acababa de torcer un tobillo.

¿Por qué podía pensar Archibaldo que, con todas aquellas calamidades, eso de torcerse un tobillo no estaba tan mal? La respuesta se encontraba en la casa de sus tíos, donde se reponía mientras sus padres hacían un viaje a casa de sus abuelos; la respuesta la tenía el manzano. Y, sobre todo, la persona tan especial que en esa casa conoció.

¿Que cómo era el manzano?

Grande, plantado en medio del jardín, con una sombra fresquita y acogedora. Sus ramas pa-

recían brazos capaces de estrechar con cariño a la gente, su tronco era como el cuerpo de un amigo que no se enfada nunca. Sus hojas no tenían desperdicio, verdes cuando iban a dar fruto, amarillas cuando pedían ser conservadas entre las páginas de un libro o del cuaderno multicolor de Archi. Porque Archibaldo de la Cruz tenía un cuaderno en cuyas tapas aparecían los siete colores del arco iris, y en su interior conservaba los secretos más íntimos que sólo se desvelarían cuando él se hubiera ido (eso al menos decía la portada en letras de gran tamaño, entre admiraciones: «¡Prohibido abrir hasta después de mi muerte!», como solía hacerse en las historias de testamentos, una forma de mantener el misterio).

Luego seguiremos hablando del cuaderno, ahora podríamos explicar cómo eran sus tíos.

Tío Chomin tenía un bigote con puntas mirando hacia arriba (un poco como los antiguos oficiales de caballería o, mejor aún, como el genio ese de la pintura llamado Dalí) y llevaba corbata incluso en pleno verano, algunas verdaderamente estrambóticas, como la que cubría su barriga y representaba a un pingüino con gafas de sol haciendo el pino.

En ocasiones, cuando estaba de vacaciones por el extranjero, también usaba una pajarita o incluso una corbata de lazo, como los pintores bohemios. Decía que eso le hacía más joven, más audaz, capaz de sacarse del bolsillo rimas donde *viajar* hacía juego con *calamar*; o *primavera* con *calavera*, viniera o no a cuento y hablara el verso de lo que hablara.

Y hablando de hablar, otra de las características de tío Chomin era que solía repetir el final de las frases dos o tres veces, como si fuera el eco. Eco, eco, eco... En fin, cada loco con su tema, tema, tema... y aquí paz y después gloria, gloria, gloria.

Tía Marga, por su parte, no tenía bigote, ¡faltaría más! y, encima, aunque le hubiera crecido se lo habría depilado de inmediato. Para ella sobraba todo lo que consideraba superfluo, y había que barrerlo de la faz de la tierra. Era una maniática de la limpieza, todo el día lo pasaba con la bayeta y el plumero. Por la noche se ponía tantos potingues en la cara, que llegaba a parecer la paleta de un pintor. Tal vez precisamente por eso tío Chomin se había casado con tía Marga, porque en el fondo a ambos

les gustaban los colorines, aunque estuvieran en desacuerdo con los crecimientos capilares y otras zarandajas.

Pero lo mejor de la casa de los tíos del manzano era, sin dudarlo ni un instante, que en ella vivía Lisa.

¿Que cómo era Lisa?

Archibaldo lo había anotado en su cuaderno multicolor y allí se podía leer:

Desde el primer momento he sabido que guarda un gran secreto. Seguramente procede de otro lugar, un lugar de esos que sólo se pueden ver de noche, cuando todo el mundo duerme. Parece una niña como las demás, con su piel coloradita, cara redonda, pelo rizado, siempre vestida de verde, pero...

«¿Por qué siempre de verde, verde, verde?» Archi imaginaba que ésa sería la pregunta favorita de tío Chomin.

«¿Te has lavado bien las manos? ¿Y los dientes?», preguntaría siempre la tía Marga.

A Archibaldo de la Cruz le encantaba su prima Lisa.

–Tienes nombre de dibujo animado –le comentó el mismo día en que llegó a su casa. Para Archi todos los que se llamaban Tom, Donald, Silvestre o Piolín tenían nombres de dibujos animados. Aunque, la verdad, ¿a cuántas personas conocía con esos nombres? A ninguna. Sin embargo, Lisa... Lisa era su prima y además una de las protagonistas de los Simpson, la hermana mayor, la lista, la niña con mayor ternura que había visto nunca en ningún sitio–. Tienes nombre de dibujo animado, y me encanta.

Pero lo dijo con una voz susurrante, como si le diera vergüenza confesarlo, un poco triste, o quizá demasiado triste, al tiempo que se llevaba la mano a la gorra que cubría su cabeza.

Lisa, de momento, no dijo nada, pues se quedó mirando a su primo como si acabara de ver una aparición.

Para Lisa, Archibaldo era siempre como una aparición. Le había visto pocas veces, pero nunca le había pasado desapercibido. Aunque hubiera veinte personas en la habitación, sus ojos siempre se habían fijado en él. Tal vez porque hablaba poco o se movía mucho, o porque se deslizaba por las habitaciones como los gatos, rozando per-

sonas y objetos pero sin que las primeras se dieran cuenta ni los segundos fueran empujados con el riesgo de caer al suelo desde las alturas.

Para Lisa, su primo era una especie de extraño visitante al que no le solía sentar bien la ropa (¿cómo iban a sentarle bien a un terrícola los vestidos de un habitante de una estrella de luz?), que encima tenía una mirada en la que parecía leerse un lenguaje secreto capaz de comunicar lo más profundo sólo con clavar en ella los ojos.

Y más ahora que estos ojos parecían algo hundidos, rodeados de un halo oscuro, un poco saltones, como queriendo ver desde dentro, en un cuerpo con la piel cada vez más pálida.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó temiendo un poco la respuesta. Sabía que su primo estaba un poco pachucho, pero no cuánto de pachucho, y menos ahora, ya que le resultaba imposible descifrar lo que cubría aquella gorra de béisbol.

—Bien, estoy bien —respondió Archi sin demasiada convicción.

Lisa contempló a su primo como si fuera la primera vez que lo hacía.

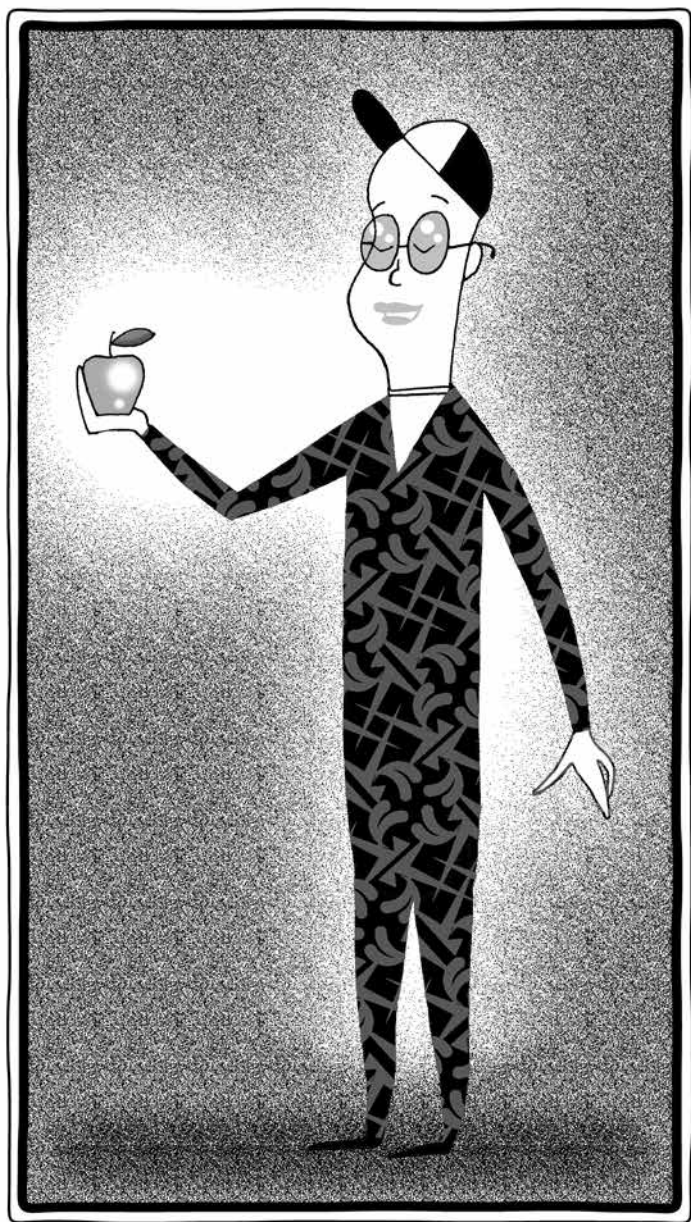
¿Que cómo era Archibaldo?

Medía lo que dos gatos estirados, uno detrás de otro, saltando en busca de ratones colorados. Pesaba lo que una docena de libros de aventuras y tres diccionarios juntos. Sus ojos parecían los de un camaleón: con la extraña facultad de mirar a ambos lados a la vez. Por eso habían tenido que ponerle gafas desde pequeño. Porque un niño es un niño y un camaleón un camaleón. Y, que se sepa, los camaleones no tienen por qué llevar gafas.

Su pelo le crecía tan tieso que sólo con el secador de mamá y mucha paciencia conseguía doblegarlo. Una vez, incluso se puso la gomina que utilizaba su tío Chomin para los bigotes, pero sólo consiguió que se le afilara aún más, y alguno de sus amigos dijo que tenía aspecto de correcaminos, o de Espinete. ¡Y él, en todo caso, quería parecerse a Bart Simpson!

Pero eso era antes, cuando tenía pelo y se podía peinar como éste o aquél, o soñaba con teñírselo de tantos colores como la tapa de su cuaderno secreto.

Antes de que su cabeza estuviera monda y lironda, sin el menor pelo, ni siquiera uno, como el protagonista de un cómic que se lo clavaba



todas las mañanas antes de salir para que no se le cayera. Ahora, en medio de su cabeza había una cicatriz que cubría una gorra de loneta.

—¿De verdad que estás bien?

—Sí, ahora sí.

Lisa no se fiaba mucho de las palabras, pero en esta ocasión su primo sonrió de verdad. Era como si hablar con ella le sentara bien. Lisa, que como la mayoría de las chicas era un poco bruja, capaz de adivinar lo que otros desconocen, de ver más allá de las narices, sospechaba que le gustaba un poco a Archibaldo.

Cierto: a Archibaldo le gustaba su prima. ¿O tal vez sería más correcto decir que a Archi le gustaban las manzanas? Porque no sería exagerado afirmar que en todo el planeta Tierra, y en parte del universo, jamás se había sabido que existiera un niño tan aficionado a las manzanas como él. ¡Palabra!